

Capítulo 1

*K*en Norton dirigió una mirada a las oscuras nubes arremolinadas que ensombrecían las estrellas y ocultaban la luna tras un amenazador velo de carbón. Se fijó en las sombras de los árboles más próximos al espacioso edificio, inspeccionándolas sin cesar en busca de alguna alteración, cualquier indicio de alguien escabulléndose en la oscuridad para eludir las cámaras. Pero su mirada regresaba una y otra vez a la enorme cabaña de caza y a los dos ciervos muertos balanceándose en el porche, suspendidos de los ganchos para colgar carne. El olor a sangre y muerte invadió sus orificios nasales y le provocó una náusea, una torpe reacción a los dos animales colgados y despellejados teniendo en cuenta que él era un francotirador con unas cuantas muertes en su haber.

Cambió de color de piel para adaptarse al entorno mientras sus ropas especialmente diseñadas reflejaban los colores circundantes, con el consiguiente efecto de hacerle desaparecer por completo entre el follaje que le rodeaba, oculto a miradas indiscretas. Por enésima vez apartó la vista de los cadáveres oscilantes que todavía goteaban sangre.

—¿Y quién demonios ordena un ataque contra un senador de los Estados Unidos? —preguntó. El gris acero de su mirada se transformó en un mercurio turbulento—. Y no cualquier senador sino uno considerado candidato a la vicepresidencia. Esto no me gusta nada, no me ha gustado desde el momento en que nos comunicaron quién era el objetivo.

—Qué caray, Ken, no es ningún angelito —contestó su hermano gemelo, Jack, adelantándose un poco para buscar una mejor posición desde la que controlar el pabellón de caza— y tú lo sabes mejor que

nadie. Desconozco por qué cuernos estamos protegiendo a este hijo de perra. Me gustaría matarlo con mis propias manos. Este hijoputa fue el señuelo que te hizo ir al Congo, pero él escapó y tú te quedaste allí para que te cortaran a trocitos y te despellejaran vivo. —Las palabras sonaban amargas, pero Jack mantenía una voz absolutamente calmada—. No me digas que no se te ha pasado por la cabeza que él estuviera en el ajo. Varias personas pudieron ordenarlo, pero el senador te tendió la trampa, Ken, te entregó al líder rebelde y luego Ekabela casi te asesina. Podría darle un centenar de palizas sin perder el sueño por ello... o hacerme a un lado para dejar que otro le moliera a palos.

—Exactamente.

Ken rodó entre los arbustos próximos con precaución de no moverlos. Confiaba en que la oscuridad hubiera ocultado su leve estremecimiento cuando su hermano sacó a colación el pasado. No pensaba mucho en la tortura, la piel cortada en trocitos, la espalda despellejada, o en lo que suponía sentir el puñal seccionándola. Pero tenía pesadillas cada vez que cerraba los ojos, lo recordaba todo entonces. Cada corte. Cada incisión. El tormento que nunca cesaba. Se despertaba medio asfixiado, empapado en sudor, oyendo sus propios gritos reverberando en lo más profundo de su ser, donde nadie podía oírlos. Los ciervos colgados de los ganchos le hicieron recordar todo con detalles vívidos y marcados, y no pudo evitar preguntarse si no formarían parte de un plan más general.

Levantó la mano para comprobar si temblaba. Las cicatrices eran visibles, tirantes, pero mantenía su mano firme como una roca.

—¿Por qué crees que nos han elegido a nosotros para protegerle? Tenemos una cuenta pendiente con este hombre. Sabemos que no es lo que todo el mundo piensa, por lo tanto ¿quién mejor para cargárselo sin suscitar demasiadas preguntas? ¿Quién mejor para cargar con la culpa? Algo no me cuadra.

—Lo que no me cuadra es tener que proteger a ese hijo de perra. Dejemos que se lo carguen.

Ken echó una ojeada a su hermano gemelo.

—¿Te estás oyendo? Como bien dices no somos los únicos que sabemos que el senador Freeman no es tan inmaculado como hacen creer

a la gente. Cuando regresamos del Congo, todos recibimos el parte, es decir, los dos equipos. Y ambos grupos llegamos a la misma conclusión: el senador estaba salpicado... aun así nunca le interrogaron ni amonestaron, ni salió nada a la luz. Y ahora nos ordenan que le protejamos de una amenaza de asesinato.

Jack permaneció callado un momento.

—¿Y tú crees que es una treta para cargarnos el mochuelo si lo matan?

—Vaya si lo creo, qué cuernos. ¿Es una orden directa del almirante? ¿Se la transmitió el almirante al propio Logan? Si en realidad tienen algún trapo sucio contra este tipo, ¿por qué no le arrestan? Y lo cierto es que acabamos de rechazar un trabajo para deshacernos del general Ekabela, otro viejo enemigo nuestro... y conectado con el senador precisamente. Para mí que la historia se repite.

—A Ekabela lo han eliminado de todas maneras. Sencillamente llamaron a otro tirador; y yo he perdido la ocasión de darme el gusto de cargarme a ese tío.

Ken miró a su hermano frunciendo el ceño.

—Te lo estás tomando como algo personal.

—El senador lo volvió personal al entregarte a Ekabela para que ese sádico te torturara. No voy a fingir. Quiero ver al senador muerto, Ken, y no tengo reparos en mirar a otro lado si alguien quiere cortarle el cuello. Si vive y continúa como hasta ahora, acabará de presidente o como mínimo de vicepresidente, ¿y qué haremos entonces? Es consciente de que sabemos que tiene las manos sucias. Lo primero que hará será asignarnos una misión suicida.

—¿Igual que cuando quisieron enviarnos de regreso al Congo para matar a Ekabela?

Tenía que dejar de mirar esos cadáveres. Iba a vomitar, su estómago se revolvía como protesta. Casi oía el goteo constante de la sangre pese a encontrarse a metros de distancia. Caía formando un pequeño reguero sobre las maderas y un pozo oscuro y reluciente al final. Intentó bloquear el sonido de sus propios gritos en la cabeza, pero su piel ya se había erizado, con cada cicatriz palpitando como si los nervios recordaran las incisiones constantes del persistente puñal.

—Ekabela merecía morir —dijo Jack—. Se lo merecía de sobras, y lo sabes. Arrasó ciudades y cometió genocidio, dirigía el narcotráfico y robaba a la ONU cuando ésta intentaba enviar medicinas y comida a la zona.

—Correcto, pero mira quién lo ha sustituido. El general Armine, más temido y odiado que Ekabela. Qué extraño que la transición de poder haya ido tan fluida.

—¿Qué cuernos intentas decir, Ken?

Ken alzó la vista a las nubes que oscurecían la esquirra de luna, las observó girando perezosamente como un velo oscuro sin sitio a dónde ir. Recordó las formas de las nubes en la selva, el balanceo de las copas de los árboles y el olor de su propio sudor y sangre.

—Me refiero a que nosotros nunca nos tomamos las cosas como algo personal, pero alguien lo ha estado haciendo en nuestro lugar. No me gusta, y este trabajo me gusta aún menos. Creo que otra vez nos están tendiendo un trampa. Simplemente no creo en las coincidencias, y ésta es bien grande.

Jack maldijo en voz baja y pegó el ojo a la mira, inspeccionando con atención la cabaña situada en la montaña a varios cientos de metros.

—Está ahí con su esposa. Podría hacerle salir, y nos largaríamos con las manos limpias. Nadie se enteraría.

—Aparte de todo nuestro equipo.

Jack dedicó a su hermano una rápida mirada sin humor.

—Me apoyarían, y lo sabes. Detestan a ese hombre tanto como yo.

—Alguien quería a Armine en una posición de poder. Alguien aquí, en Estados Unidos. He pensado mucho en esto, Jack. Cada misión a la que nos han mandado en el pasado ha creado un vacío, un agujero que ha permitido a otro delincuente ocupar su sitio; desde señores de la droga colombianos hasta el general Ekabela en el Congo, estamos creando una vacante en esos puestos de poder, y hay alguien manipulando eso. Pero no pienso precisamente en el presidente de Estados Unidos. —Dirigió una mirada rápida a su hermano—. ¿Tú sí?

Jack maldijo otra vez.

—No, lo que pienso es que estamos pringados.

—No puedo preguntarle a Logan si el almirante ha dado la orden

en persona, porque Jesse Calhoun contactó con él para algo urgente y Logan fue a verle. Jesse ha estado al cargo de una investigación sobre el vínculo Ekabela-Senador. Por eso Kadan Montague ha ocupado su lugar en el equipo.

—Pensaba que Jesse seguía imposibilitado —dijo Jack—. Lo último que había oído era que estaba inactivo y que hacía fisioterapia.

—Bien, por lo visto vuelve a trabajar. Es uno de los videntes más poderosos de nuestro equipo, y es listo. El almirante no va a renunciar a él así como así. Fue atroz lo que le hicieron. Entre la modificación genética y los experimentos psíquicos, sumado a lo de sus piernas, Jesse quedó muy maltrecho.

—Igual que todos. Cuando nos ofrecimos voluntarios para las pruebas psíquicas —dijo Jack— no teníamos ni idea de que nos poníamos una pistola en la cabeza. Lo tenemos negro, Ken. Estamos pringados, puñetas, todos los Soldados Fantasma lo estamos. ¿En qué nos hemos metido?

Al menos su participación en el experimento había sido voluntaria. Todos procedían de la fuerza de Operaciones Especiales, todos con formación militar. En cambio, las mujeres eran niñas huérfanas que Whitney había adoptado en países extranjeros; las había comprado para experimentar con sus vidas durante toda su existencia.

Ken sacudió la cabeza.

—No sé, pero tenemos que descubrirlo. El coronel Higgens intentó librarse del equipo de Ryland Miller. Asesinó a un par de ellos antes de que escaparan y le comprometieran. Pero tal vez no desenmascararon al responsable de la trama.

—Sabemos que el doctor Whitney es el responsable, él es el cerebro. Propuso los experimentos, tenía contactos, dinero y autorización de acceso restringido que le daba luz verde. Y fingió su propia muerte. Si encontramos a Whitney, mataremos la serpiente.

—Tal vez. —No había dudas en la voz de Ken—. Primero, todos creímos que Whitney estaba muerto; luego creímos que fingió su propia muerte para no responsabilizarse de los experimentos ilegales que realizaba al mismo tiempo que sus experimentos militares. Ahora... —Su voz se apagó, una vez más fijándose en las nubes. El goteo cons-

tante de la sangre sonaba demasiado ruidoso en medio de la noche. Nunca antes su pasado le había consumido hasta el punto de poner en peligro una misión pero, por primera vez, empezaba a dudar de su capacidad de concentración.

—¿Crees que alguien iba tras Whitney con intención de matarle en serio y él tuvo que fingir su propia muerte, no para evitar ser descubierto y ocultarse de nosotros sino para no ser el blanco? —Jack se frotó las sienes—. ¿Cómo cuernos hemos acabado metidos en esto?

—En su momento nos importaba un bledo —dijo Ken—, pero ahora tienes una esposa y unos gemelos en camino, y algo por lo que vivir. Retrocedamos, reagrupemos nuestro equipo y hagamos unas cuantas preguntas comprometidas. Podemos conseguir que Logan contacte con el equipo de Ryland Miller. Entre nosotros, deberíamos ser lo bastante listos como para averiguar qué está pasando.

Jack frunció el ceño, volvió a rodar por el suelo y, usando los codos y las puntas de los pies, se adelantó unos centímetros entre el frondoso follaje.

—Pero no podemos dejar desprotegido a ese hijo de perra y abandonarlo como un blanco vulnerable, ¿verdad? Si alguien le quiere muerto, probablemente deberíamos descubrir por qué y cómo nos afecta.

Ken avanzó meneándose por un sendero de conejos, boca abajo y con el arma sostenida apartada del polvo. Hacía rato que tenía una mala sensación.

—Alto, Jack —susurró Ken, con el ojo en la mira—. *Algo va mal.*

Conectó telepáticamente con su hermano gemelo para comunicarse con él. Esta habilidad resultaba muy práctica cuando querían pasar desapercibidos. Llevaban comunicándose así desde siempre, por lo que él recordaba, sin necesidad de hacerlo verbalmente, ya que la telepatía era muy conveniente. Por lo tanto, era un vínculo tan fuerte que había resultado sumamente útil a lo largo de los años. El experimento psíquico al que habían accedido después de su instrucción con los grupos de elite SEAL de la armada estadounidense sólo había incrementado esa herramienta poderosa.

Yo también lo noto. Kadan ha enviado un aviso de alerta. Van a

venir deprisa y en gran número. Tendremos que proteger a ese hijoputa de quienes desean su muerte. Sean quienes sean, ya están aquí.

Ken mantenía la mirada fija en el senador a través de la ventana.

La joven y hermosa esposa de la que tanto presume Freeman es consciente de que tienen compañía. Mírala.

Jack escudriñó a través del visor. Al otro lado de la ventana en la cabaña, una rubia se inclinaba para dar un besito en la mejilla a su marido. Le dijo algo y sonrió exhibiendo dentadura, y el senador le respondió tocándole la barbilla. Luego se volvió hacia la ventana, lo que les permitió ver bien su rostro.

Oh, sí, lo sabe. Y no le ha dicho una palabra, dijo Jack.

Esta noche podían caer muchos hombres buenos. A Ken le costaba resistir la necesidad imperiosa de introducirse en la casa y ahorralles muchas molestias a todos sólo con rajar el cuello a aquel hijo de perra. El senador había traicionado a su país por dinero o poder o una combinación de ambos. A Ken en realidad le importaban un carajo sus motivos, pues le había vendido. Él había sido el señuelo que le hizo ir al Congo en misión de rescate, una operación que le llevó directo al infierno, y a su hermano tras él. Y ahora, ironías de la vida, estaban protegiendo a aquel traidor.

—¿Cómo demonios se llama la esposa? —preguntó Jack—. ¿No supondrás que es de los nuestros? ¿Una Soldado Fantasma?

Ambos estudiaron con atención a la alta rubia mientras se alejaba del senador y entraba en la habitación contigua para coger varias armas, manejándolas como si supiera lo que estaba haciendo.

Ken respiró hondo y soltó una exhalación. ¿La esposa del senador? ¿Soldado Fantasma? ¿Cómo se llamaba? Violet Smythe. El informe contaba poco de su vida previa a la boda con el senador. Violet. Nombre de flor. Cuando recibieron los informes sobre los experimentos psíquicos con niños de Whitney, las huérfanas con las que trabajaba eran todas niñas y a todas les había dado nombre de flor.

—Violet —dijo en voz alta.

¿Cómo encajaba ella en todo esto? ¿Cómo una Soldado Fantasma podía traicionar a sus compañeros? Sabía todo por lo que ellos habían pasado. Ken volvió a observar a través de la mira, apuntando al ojo iz-

quierdo del senador. Sólo tenía que apretar el gatillo y todo habría terminado. No se perderían más vidas. Un disparo y habría muerto el hombre que le había entregado a un loco torturador.

Sé en qué estás pensando, dijo Jack. *Dios sabe que si alguien tiene derecho a matar a ese hijo de perra, ése eres tú. Si quieres que lo haga otro, Ken, sólo tienes que decirlo y lo liquido ahora mismo.*

Jack lo haría en un instante. Ken se tocó la mandíbula llena de cicatrices. Tenía poca sensibilidad en la piel, poco quedaba del rostro o del cuerpo en otro tiempo atractivos. Un temblor lo recorrió de arriba abajo y, por un momento, se sintió desbordado por una rabia ardiente y pura, que normalmente sellaba con un caparazón de hielo. Vaciló, consciente de que un único movimiento de cabeza serviría para que Jack apretara el gatillo. O, mejor aún, podía hacerlo él mismo, con la satisfacción de saber que se habrían librado de un traidor. Respiró hondo y rechazó toda emoción. Si seguía por ahí sólo encontraría la locura, y se negaba a seguir el legado con el que había nacido.

Notó el alivio de Jack, consciente de lo cerca que le vigilaba su hermano en los últimos tiempos. *Estoy bien*. Por supuesto, Jack sabía que sudaba a chorros y oía gritos. Jack y Ken vivían uno en la mente del otro. Jack lo sabía, y se culpaba de no haber sido capaz de acudir junto a Ken antes de que Ekabela le torturara. No importaba que al final Jack le hubiera rescatado y que le hubieran hecho prisionero a él. Jack pensaba que debería haber sido capaz de impedirlo.

Estoy bien, repitió Ken.

Lo sé.

Pero no estaba bien. No había nacido bien, no había estado bien de niño, ni al principio de su carrera militar. Había empeorado tras su captura y tortura en el Congo, y los demonios le acosaban día y noche. Y ahora que el senador necesitaba protección —y era probable que del hombre que justamente le habría estado pagando durante años— Ken sabía de la peligrosa sombra que crecía en su interior convirtiéndose en una amenaza demasiado real para su cordura.

Tenemos compañía, anunció Kadan por vía telepática. *Manteneos alerta mientras yo meto a toda prisa al senador en un cuarto de seguridad.*

Kadan, vigila a la esposa, advirtió Ken. Pensamos que podría ser de los nuestros. Va armada hasta los dientes y ha percibido la presencia de intrusos en el mismo instante que nosotros.

Kadan nunca expresaba sorpresa. Nadie sabía con certeza si sentía emoción alguna. Parecía una máquina, práctica y eficiente en su trabajo. Se le daba bien.

Entendido.

Ken ocupó su posición. La vida de Kadan dependería de él, y Jack protegería la del senador. Si Violet hacía algún movimiento contra Kadan, era mujer muerta. Mantuvo el enfoque en su objetivo primordial. Kadan se movía entre las sombras. Era casi imposible verle. Un borde borroso a veces, una impresión de movimiento, pero sólo porque Ken sabía dónde iba a estar. Había realizado esta rutina varias veces. Ken mantenía despejado el camino, barriendo la zona circundante con su percepción expandida.

Un escuadrón de asesinos ocupaban sus puestos, y ellos intentarían a toda costa reducir el número de bajas. Neil Campbell y Trace Aikens eran imposibles de detectar, pero estaban ahí fuera. Martin Howard había retrocedido para ayudar a Kadan y poner al senador a salvo.

Kadan alcanzó el porche, desplazándose junto a los cadáveres oscilantes de los ciervos para entrar en la cabaña. Habló brevemente con Violet y ambos se apresuraron a regresar al lado del senador, empujándole de vuelta a la cocina donde estaba la «habitación segura». El cuarto ignífugo se encontraba debajo de la planta principal.

El balanceo macabro de los cadáveres atrajo otra vez la atención de Ken. La sangre goteaba y su hedor era transportado por la brisa nocturna. Tragó la bilis, se secó unas gotas de sudor de la frente y de nuevo puso el ojo en la mira. Algo del ciervo le tenía inquieto; no se libraba de aquella sensación. Una sombra parecía crecer desde el animal, justo en el lado más alejado, emergiendo desde lo alto, cerca del gancho.

Ken apretó el gatillo y la sombra cayó con un golpe seco, estirando un brazo hacia fuera como una súplica. Mientras Ken hacía el disparo, el arma de Jack detonó y un segundo cuerpo cayó simultáneamente, este otro desde el extremo más alejado del techo.

Un tercer disparo resonó mientras Jack buscaba refugio a toda pri-

sa entre los arbustos y la bala alcanzaba el lugar donde había estado su cabeza. Ken ya apuntaba en dirección al breve destello. Se tomó su tiempo y presionó el gatillo con el dedo justo cuando su presa cambiaba de posición. La bala dio en el blanco y empujó hacia atrás al francotirador, con el rifle aún en sus manos. Ken disparó una segunda bala, pero su objetivo ya caía entre las ramas del árbol. Sabía que ninguna de las balas había matado a su presa, y eso era raro. Con el ojo en la mira, siguió el desplazamiento del francotirador mientras caía por la ladera, dándose contra los árboles y la maleza.

Una impresión invadió a Ken de manera instantánea, como si todos los miembros de los Soldados Fantasma y los del escuadrón asesino estuvieran conectados de algún modo con el francotirador.

¡Agáchate, Ken!, fue la orden de Kadan. Están retrocediendo de la cabaña para proteger a ese hombre. Tienes que alcanzarlo tú primero. Sea quien sea, es más importante que el primer objetivo. Atrapa al francotirador de inmediato. Entretendremos aquí a su equipo mientras tú le persigues.

Yo le cubro, dijo Jack innecesariamente.

Cada miembro del equipo de Soldados Fantasma sabía que allí donde iba Ken también iba Jack, y viceversa.

Hubo un instante de quietud, y luego una corriente eléctrica atravesó crepitante el cielo, con chasquidos y chisporroteos tan reales que los extremos de las nubes respondieron iluminándose de electricidad. La potencia se elevó vertiginosamente. Era innegable la repentina ansiedad que cargaba el ambiente. Relumbraba en la brisa nocturna como una alarma repentina que otros miembros de la unidad del francotirador no podían controlar.

Ken se echó el rifle al hombro y aceleró el paso. Tenía detectada la localización del cuerpo y, a juzgar por la manera en que el francotirador había descendido en caída libre, había bajado inconsciente hasta allí. Pero eso no significaba que estuviera sin sentido. Igual que los demás, era un supersoldado, con facultades físicas y psíquicas mejoradas. Y eso significaba tener que reducirlo lo más rápido posible.

Ken planeó cada movimiento mientras seguía corriendo, confiando en que Jack mantuviera a raya al enemigo. Dos disparos resonaron

casi simultáneos. Un bala pasó silbando a su derecha, rasurando la corteza de un árbol próximo a donde daba un viraje. El tirador había anticipado que iba a saltar por encima de un tronco caído para ponerse a resguardo de otro y alcanzar la colina más alejada. Jack, sin duda, había tenido más suerte con su bala, porque nadie más disparó a Ken pese a la sensación que notaba entre los omoplatos.

Los tenemos inmovilizados. La voz de Kadan sonaba extremadamente calmada. Bloqueo sus comunicaciones, pero no puedo mantenerlo así eternamente. Coged al francotirador, largaos de aquí y, por el amor de Dios, mantenedlo con vida para sacarle alguna información. El resto de nosotros se llevará de aquí al senador y su esposa. He pedido un segundo helicóptero. Tomaremos la ruta secundaria de escape. Tú reúnete con Nico y dirígete a un refugio seguro.

Entendido, transmitió Jack.

Se encontrarían a solas una vez determinaran una ubicación para retener al prisionero, al menos hasta que Kadan y el resto del equipo se aseguraran de que el senador estaba a salvo.

Ken se abrió paso a través del polvo y hojas sueltas, sin importarle dejar rastro. La velocidad era fundamental. Jack disparó dos veces más.

Se están arriesgando mucho, Ken. No quieren que atrapes a ese hombre. Voy justo detrás de ti, o sea, que no me dispares.

Jack recargó mientras corría, manteniéndose junto al follaje más frondoso al tiempo que barría el terreno en busca de indicios del enemigo, protegiendo a Ken que avanzaba en zigzag entre los abundantes troncos y la maleza para llegar junto al enemigo caído.

Ken ralentizó la marcha al aproximarse a su presa. Si el hombre seguía con vida, como Ken creía, bien podría ir armado y estar en condiciones de buscarle problemas. Ken notaba un zumbido en la cabeza, la presión habitual que acompañaba a la comunicación telepática. Alguien que no pertenecía a su propio equipo intentaba hablar, pero Kadan constituía un escudo potente e interfería toda interacción psíquica. Pocos soldados reforzados conseguían lo que hacía él; con toda probabilidad estaría impresionando al escuadrón enemigo. Pero estaba claro que el otro equipo también tenía sus facultades mejoradas, las físicas y las psíquicas, lo cual significaba que eran Soldados Fantasma.

Tenía que ser Whitney quien venía a por el senador. ¿Significaba eso que había habido alguna división? Ken procedió con más sigilo, procurando moverse con el viento y evitando pisar ramas en la medida de lo posible. El francotirador ya sabía que venía, pero vacilaría antes de disparar por temor a alcanzar a uno de los suyos. No obstante, pedía ayuda, el zumbido era frenético y continuo en la cabeza de Ken. No había palabras —Kadan se ocupaba de eso—, pero todos quienes estuvieran receptivos a la interacción extrasensorial sabrían que el francotirador estaba vivo y buscaba ayuda. Tenía que bloquear todo contacto psíquico de inmediato antes de que los esfuerzos combinados del otro equipo le redujeran.

Apartó el follaje y vio al francotirador tirado justo a sus pies, con el rostro vuelto. La primera bala le había alcanzado en el pecho, pero llevaba un chaleco protector como mínimo, probablemente dos, pues su pecho parecía un barril bajo la ropa reflectante. La armadura corporal le había salvado la vida, pero la segunda bala le había perforado la pierna. La sangre salpicaba hojas y hierba con enormes manchas negras. A veces Ken pensaba que nunca volvería a ver la sangre de color rojo. En la selva, su sangre aparecía negra, manando a su alrededor como un río. Se echó el rifle hacia atrás, con la correa colgada del cuello y sacó con cuidado la pistola ahora que se acercaba al francotirador.

El arma del hombre debería estar enredada entre la maleza, pero el francotirador la había retenido, y eso le reveló que no estaba inconsciente. No se movía ni tenía el rifle en posición de disparar, pero sí que lo mantenía en la mano, con el dedo en el gatillo.

Ken se aproximó al francotirador desde una posición fuera de su campo de visión, asegurándose de que el hombre herido tendría que volverse en un ángulo incómodo, algo improbable tal y como tenía la pierna. El hombre mantenía un silencio absoluto, enrollado como una serpiente, esperando a identificar al otro para pasar explosivamente a la acción.

Ken se movió deprisa, enganchó el rifle y lo lanzó a cierta distancia antes de que el francotirador fuera consciente de que le tenía encima. El hombre no luchó por retener el arma; en vez de ello, movió la mano libre con la velocidad del rayo para desenfundar una pistola oculta en

la bota ensangrentada, deslizándola a toda velocidad y colocando el dedo en el gatillo para apuntarse a la cabeza.

A Ken casi se le detiene el corazón. Reaccionó sin pensar con una fuerte patada que propulsó la punta de su bota contra la mano del francotirador, mandando el arma por los aires con el sonido gratificante de unos huesos partidos.

Aun así el francotirador no profirió sonido alguno, pero con la otra mano fue a por un puñal oculto. Con la misma fluidez e igual de rápido. Iba a quitarse la vida y evitar así la captura. ¿Con qué clase de fanáticos trataban? El francotirador empleó la mano rota sin estremecerse siquiera al sacar el puñal, pero esta vez gritó cuando Ken se la pisó para retener el puñal en el suelo. El grito sonó agudo y a él le provocó un escalofrío en la columna.

Se agachó junto al hombre herido y observó sus grandes ojos, con abundantes pestañas. Ojos que reconoció. Ojos que había visto antes devolviéndole la mirada con risa y afecto. Se le retorcieron los músculos del vientre y juró en voz baja mientras retiraba el gorro de la cabeza del herido. No estaba mirando a un hombre y, maldición, sabía con exactitud de quién se trataba.

Esa milésima de segundo de reconocimiento fue suficiente para ella. Le golpeó con el codo en la garganta, en busca de un golpe mortífero, intentando darle en la tráquea y aplastar la vía respiratoria. La chica estaba mejorada físicamente, no cabía duda. Tenía velocidad y fuerza pese a sus heridas, pero Ken esquivó el golpe y sacó su botiquín, luego apoyó su peso en ella para sujetarla y preparó la jeringa. Con ayuda de los dientes retiró el tapón de la aguja y se la clavó, inyectando con rapidez y rogando que no fuera alérgica para así poder hacer un rápido chequeo y salir pitando.

Jack llegó por detrás y se posicionó de espaldas a ellos, haciendo un barrido con el rifle para mantener a raya a cualquier escuadrón de francotiradores que pudiera colarse a través de la red que formaba su equipo.

—Date prisa —gruñó Jack—. Déjale sin sentido y olvídate de finuras.

—Es Mari, Jack —susurró Ken sintiendo la necesidad de decirlo en alto.

—¿Qué? —Jack se giró de golpe y observó al francotirador a quien se le cerraban los ojos—. ¿Estás seguro?

Ken aflojó el cinturón de la mujer y lo ajustó alrededor de la pierna.

—O eso o tu mujer está haciendo de francotiradora para el otro equipo. Tiene que ser Mari. Tiene el mismo aspecto que Briony.

Jack retrocedió para poder mirar bien el rostro de la mujer. Estaba lleno de polvo, arañazos y sangre, pero la visión de su cabello claro platino y dorado caído en torno al rostro casi le corta la respiración.

—¿Va a superarlo?

—Estoy en ello. Ha perdido algo de sangre. Tenemos que sacarla de aquí, Jack. Kadan y los otros no podrán contenerlos mucho más. ¿Quién es nuestro médico?

—Nico es el que está más cerca. Se encuentra en el helicóptero, a una hora de distancia más o menos.

—Diles que nos reuniremos en el punto. Vamos a largarnos de aquí con ella a cuestas, y confío en que no se desangre mientras huimos.

Ken se estiró por encima de la cabeza de la mujer para cogerla por el brazo. Tomó aire al hacerlo; había evitado respirar sin ser consciente, temeroso de absorber su fragancia. Whitney había hecho todo tipo de experimentos, desde refuerzo genético hasta feromonas. Ken no quería tener nada que ver con eso. Ya tenía bastante a lo que enfrentarse.

Mari era menuda y curvilínea bajo los chalecos, la ropa de camuflaje y las botas reglamentarias. En el momento en que su olor alcanzó sus pulmones, Ken supo que estaba en peligro. Poco importaba que estuvieran rodeados de enemigos o que ella también oliera a sudor y sangre; su fragancia natural actuaba como una droga poderosa, un afrodisíaco. De pronto se encontró con la reacción de su cuerpo pese a la peligrosa situación. Apretó los dientes, se la echó al hombro y luego se movió deprisa por la densa maleza en dirección al punto de encuentro con el helicóptero.

Jack recogió el rifle, se lo colgó del cuello y se colocó tras su hermano, centrando la atención en mantenerse con vida en vez de preocuparse por lo que pudiera suceder a la hermana de su esposa.

Kadan y el resto del equipo llevarían a lugar seguro al senador y su esposa en sus vehículos. Kadan ya tenía organizada otra operación de

recogida con otro helicóptero en una ubicación opuesta. Ken y Jack tenían la certeza de que el escuadrón asesino iba a cargar tras ellos y su prisionero, o que al menos se dividiría en ambas direcciones. En cualquier caso, Kadan necesitaba interrogar a la esposa del senador. Como mínimo tenía que vigilarla mucho mejor.

Ken corrió, sintiendo a cada paso que daba el peso de la certeza: era él quien había disparado a la mujer. Si moría nunca podría mirar otra vez a la cara a Briony, la esposa de Jack. Ella había aportado felicidad y esperanza al mundo de los hermanos, tan inhóspito e implacable.

Briony y su hermana gemela eran dos de las huérfanas con las que había experimentado Whitney, quien las había separado, manteniendo con él a Marigold y dando a Briony en adopción. Briony estaba frenética por encontrar a Mari, y si ahora él la había matado, no tenía ni idea de qué significaría eso para su familia. Pronunció una oración silenciosa sin dejar de correr, en un intento de pasar por alto el olor de la sangre que empapaba su camisa.

Habían buscado a Marigold; durante semanas siguieron las pistas que podrían llevarles hasta ella, empezando por las instalaciones donde Whitney aún la tenía encerrada en uno de sus muchos complejos de barracones. Las ubicaciones eran secretas y difíciles de encontrar, pues contaba con un fuerte dispositivo de seguridad y con alguien muy bien posicionado que le ayudaba a ocultar su rastro. Pero disponían del nombre y número de registro del jet privado que había volado hasta el Congo para transportar al senador. Y también un avión privado había transportado al equipo de hombres que habían perseguido a Briony por el país.

Los aviones a reacción eran propiedad de dos corporaciones diferentes. La empresa de Nevada tenía una secretaria que se limitaba a reiterar que el propietario, un tal Earl Thomas Barlett, no estaba disponible. Firmaba todos los documentos y poseía una casa, pero no existía ningún documento público sobre él, ni siquiera un permiso de conducir. Por extraño que pareciera, la empresa de Wyoming era un calco de la de Nevada, y ambas empresas consultoras estaban representadas por el mismo abogado que había adquirido los aviones.

La corporación de Wyoming poseía una gran extensión de tierras no explotadas en las Cascadas, inaccesible si no se llegaba en avioneta —aterrizando en una única pista de aterrizaje carísima— o navegando por un río rápido y peligroso. Daba la casualidad de que el senador poseía una cabaña de caza en una tierra adyacente y tenía otorgados privilegios para aterrizar, concedidos por la empresa asesora de Wyoming. El mismo abogado había realizado las gestiones para adquirir tales privilegios.

Jack y Ken se dirigían a la zona para hacer un poco de reconocimiento cuando les llegaron órdenes de proteger al senador. Su equipo había trasladado un helicóptero hasta aquella remota zona y establecido un dispositivo de vigilancia y un plan de salida. El senador había insistido en que él y su esposa deberían continuar con la cacería a pesar del peligro, y ella había mostrado su conformidad, desoyendo la recomendación de trasladarse a una zona más segura.

Ken intentaba no pensar en la mujer que llevaba a hombros ni en cómo sentía aquel cuerpo contra el suyo. No quería tocar su piel ni tomarle el pulso, ni prestar atención a la melena de cabello sedoso que tenía junto al mentón, donde la cabeza de ella rebotaba. La chica parecía envolverle, y su fragancia penetraba en él a través de poros y pulmones hasta la profundidad de sus tejidos y huesos de donde sabía que nunca la erradicaría.

Quería seguir siendo insensible durante el resto de su vida. No quería tener que enfrentarse a otro juicio con fuego. No estaba seguro de ser bastante fuerte como para superar la rabia que vivía y respiraba en su interior. No podía permitirse sentir. No podía permitirse querer o necesitar. Vivía para el trabajo, vivía para mantener a Jack a salvo, y ahora también a Briony y a los gemelos que llevaba en su vientre. La vida se había detenido para él casi antes de que naciera, y era mucho más seguro para todo el mundo que todo se mantuviera así.

Esta mujer desconocida, estaba claro que del bando enemigo, podría destruirle no sólo a él sino a su familia. La culpa no era de ella, pero no se atrevía a permitir que la compasión desviara su rumbo. Él no iba a convertirse en alguien más monstruoso de lo que ya era. Poco a poco su situación se había comprometido, hasta que ahora su piel

exterior reflejaba las sombras de su interior, donde nadie alcanzaba a ver.

Los perros están sueltos, advirtió Kadan. Nadie se ha quedado para ir tras el senador. Van a por vosotros. No me atrevo a dejar al senador, por si acaso todo esto es una trampa, pero tened mucho cuidado. No estoy seguro de quién es vuestro francotirador ni por qué es tan importante, pero esfumaos ya de ahí. Estáis en territorio enemigo. Y podrá comunicarse con ellos si no le alejáis del radio de alcance.

Entendido, dijo Jack. Se había retrasado aún más para protegerles mientras corrían a lugar seguro. Y nuestro tirador es una tiradora.

Ken ni se molestó en responder. Cruzó salpicando tres arroyos estrechos y subió por una orilla empinada, agradeciendo el hecho de estar reforzado genéticamente. Podía correr largas distancias sin perder el aliento, y en este caso llevar a la mujer no constituía problema alguno, pues era menuda. Pero los soldados que venían tras ellos también estaban reforzados y llevaban armas. Intentó mantenerse cerca del follaje espeso en la medida de lo posible, en la profundidad del bosque, con cuidado de no dejar su cuerpo expuesto mientras corría hacia el punto de encuentro.

Le llegó el sonido del helicóptero. Volaba bajo y rápido. Kadan había contenido y rechazado al otro equipo para darles el respiro necesario.

Podrían volver sobre sus pasos contra vosotros por pura frustración, advirtió Ken a Kadan.

Nico ha volado sobre esa pista de tierra que posee la corporación de la que hablabais. Es una instalación de entrenamiento militar, anunció Kadan. Tened cuidado, podrían seguir vuestro rastro por el aire.

Ken maldijo en voz baja y avanzó hacia su posición justo en el extremo del claro, donde podría permanecer a cubierto entre el follaje. Jack llegó tras él, pero continuó de cara al camino por el que habían venido.

—Tienes que desmarcarte de esto, Jack —le dijo Ken—. Haré que Nico me deje en una vivienda franca para que tú vayas a casa con Briony. Lo más probable es que esto no acabe bien.

—No voy a lagarme y dejarte a ti armando revuelo.

—¿Y si tenemos que matarla? Entonces, ¿qué? Tú vete a casa y no te metas. Así no tendrás que decirle a Briony que hemos encontrado a su hermana.

—¿Mentirle? ¿Vivir en un engaño con Briony? Eso es lo que todo el mundo hizo con ella en aquellos años. Eso es lo último que haría. Le prometí que siempre le diría la verdad y, por muy fea que se ponga la cosa, siempre le cuento todo.

—No tienes que participar en esto.

—No vamos a cambiar las cosas a estas alturas. Briony no querría, y yo tampoco. No sé en qué estás pensando pero, Ken, olvídale. Si hay alguna oportunidad de sacar a la hermana de Briony de esto, lo haremos. Si no podemos recuperarla, entonces no tendremos otra opción y lo aceptaremos.

—Briony, no.

—Es más fuerte de lo que crees. Detesta tanto como yo que Whitney intente echar mano a nuestros hijos. No voy a largarme, o sea, que déjalo.

Ken mantenía la vista en el helicóptero que descendía sobre el claro. Nico se encontraba junto a la puerta abierta sujetando con manos firmes su rifle y con el ojo en la mira para cubrirles mientras corrían.